

Crecimiento y remodelación en la ciudad de Granada (1960-1990)

Joaquín BOSQUE MAUREL

La historia de la ciudad, de cualquier ciudad, se ha movido en cuanto a su normal y debido desarrollo interno y externo entre un crecimiento espontáneo y natural, ligado a las fuerzas sociales e internas de la ciudad, y unos cambios planeados y ordenados de acuerdo con unos intereses más o menos políticos y, en mayor o menor medida, ideológicos y racionales. En el caso de la Ciudad de Granada, una urbe con principios mal conocidos y que hunde sus raíces en la España prerromana, ofrecía a mediados de la actual centuria, tras la Guerra Civil española, una imagen con escasos cambios respecto a la existente a finales del siglo XVIII e, incluso, a la encontrada por los Reyes Católicos el Día de la Toma (2 de enero de 1492) (Bosque Maurel, 1962). Sobre todo en cuanto a su expansión exterior pero también en su morfoestructura interna en la que sólo la apertura de la Gran Vía comienzos del Novecientos había implicado algunas importantes transformaciones. Y así continuó hasta el “desarrollismo especulativo” de los años sesenta que, a lo largo de esta década y también con menor intensidad y una cierta ralentización en los decenios siguientes hasta comienzos de los Noventa, dirigió la vida regional y nacional. Surgió entonces una nueva Granada que al menos duplica la superficie urbana de 1940, atrae el incremento demográfico provincial y reúne las dos terceras partes de la población de la Ciudad de Granada (Bosque Maurel et alia, 1991). El contraste de esta nueva ciudad con la urbe tradicional es evidente, sobre todo por el rigor conservacionista más formal que ambiental prevalente, al menos hasta el momento y bastante positivamente, en la por algunos denominada la “Granada de siempre”. Sin embargo, en ese tiempo y en paralelo con la extraordinaria transformación exterior, no han faltado los cambios en la ciudad vieja de la Alhambra y en su ámbito tradicional tanto en su trama callejera como en la fisonomía de su caserío. Unas transformaciones que, han afectado - y todavía pueden afectar y no sin detrimento de sus valores íntimos- a uno de los conjuntos históricos y monumentales más singulares de la Humanidad. A estos cambios -“reforma interior” los han llamado algunos- y a su significado se refieren estas líneas que, asimismo, pretenden analizar el enfrentamiento secular, aunque mayor en los últimos años, entre los impulsos espontáneos y la preocupación racionalizada y dirigista que presiden la evolución de las ciudades.

I. LA ALTERNATIVA CONSERVACION/REMODELACION

Como en cualquier otro caso de ciudad universal, Granada no ha dejado de sufrir a lo largo de su pasado numerosas transformaciones, unas veces de detalle y otras no tanto, en ocasiones dirigidas racionalmente y más a menudo fruto de los intereses de su sociedad. Los Reyes Católicos, por ejemplo, actuaron sobre el mismo callejero musulmán; más tarde, a lo largo del siglo XIX, fueron numerosas las intervenciones públicas y privadas sobre su trama y sus edificios, que Gómez Moreno (1889) contabilizó calificándolas de “pérdida” del patrimonio histórico y monumental granadino. Se inició y, sobre todo, se definió entonces un sentimiento de defensa de lo granadino, esencialmente conservacionista y casi museístico, muy bien recogido y definido por Angel Ganivet en su *Granada la bella* (1896).

Un sentimiento que actualizado e institucionalizado ha llegado hasta hoy en franco contraste con un cierto clima de renovación y modernismo profundamente especulativo y ligado, en ambos casos y a menudo, con los problemas urbanísticos de una ciudad medieval en el mundo actual. El dilema resultante -conservacionismo agudo frente a remodelación destructiva- ha presidido y subrayado hasta hoy, aunque de manera diversa según el momento, los principios del urbanismo local y las actuaciones transformadoras del casco antiguo de Granada. Las alcaldías consecutivas y diferentes en tantos sentidos de Antonio Gallego Burín (1938-1951) y Manuel Sola Rodríguez-Bolívar (1951-1973) son bien representativas, aunque no absolutamente distintas, de una y otra cara del desarrollo urbano de la reciente Granada (Bosque Maurel, 1962 y 1992).

En los años de Gallego Burín, catedrático de Historia del Arte y admirador y editor de Angel Ganivet, la preocupación por “Granada la bella”, por su conservación y su adecentamiento fue básica. Y así lo señala el mismo Gallego: “embellecer..., transformar la ciudad, sin olvidar lo que ha significado en la Historia, lo que es en sí y lo que puede representar en el mundo” (Gallego Burín, 1943). Es claro que sin olvidar el necesario y futuro ensanche exterior para el que la construcción del Camino de Ronda, o Redonda según los granadinos, vía de circunvalación que bordeaba la ciudad por su contacto con la Vega, constituyó el punto de partida de cuanto más tarde llegaría a ser la nueva Granada.

De acuerdo con tales principios, en los años cuarenta se efectuaron rehabilitaciones cuidadas y respetuosas de lugares tan tradicionales como el “embovedado” de Puerta Real y conjuntos artísticos y monumentales como el entorno de la Catedral, incluida la popular y peatonal calle del Zacatín, el conjunto del convento de Santo Domingo, en el Realejo, y la Plaza Nueva, acceso a la Carrera del Darro y el Albaicín. Sólo dos actuaciones tuvieron un carácter quirúrgico y afectaron, de forma desigual, dos ámbitos tradicionales como la Manigua, en la antigua Judería, casi destruida por la apertura de la porticada e impersonal calle de Ganivet, y una porción periférica del Albaicín, abierta has-

ta la carretera de Murcia como nuevo acceso a dicho tradicional arrabal. Aparte, y no menos esencial, fue la dotación de una nueva y muy efectiva red de aprovisionamiento de agua potable y el acondicionamiento del pavimento de numerosas calles (Juste, 1973).

A comienzos de la siguiente década se inició una nueva etapa en la evolución urbana granadina. El nombramiento en 1951 de Antonio Gallego Burín para la Dirección General de Bellas Artes y el acceso a la Alcaldía de Manuel Sola Rodríguez-Bolívar fueron razones suficientes. En principio, la política urbanizadora del nuevo Cabildo, iniciada con el “Plan de Ordenación Urbana y Alineaciones” (1951) aprobado al final de mandato de Gallego, pareció continuar la trayectoria marcada por este. Pero muy pronto el incumplimiento generalizado de las normas vigentes y un espíritu renovador a ultranza condujo al predominio de la remodelación e incluso de la destrucción de la trama de la ciudad medieval y renacentista. Si los conjuntos emblemáticos singulares, como la Catedral y la Alhambra, fueron cuidadosamente preservados, no sucedió lo mismo con algunos barrios tradicionales que vieron, a veces, muy alterados tanto su personalidad arquitectónica como sus ambientes humanos.

En realidad, a lo largo de los años cincuenta y, más aún, en los sesenta el evidente crecimiento económico local y regional se apoyó en una intensa especulación inmobiliaria que tuvo como principal escenario la periferia agraria granadina, asiento de una marea constructora que desdobló en extensión y triplicó en población a la Granada de 1940. Pero tampoco el casco antiguo se vio libre de las corrientes desarrollistas y especuladoras. El esfuerzo realizado para levantar la nueva ciudad afectó frecuentemente al casco antiguo que, en muchos de sus barrios, fue abandonado acentuándose un franco deterioro que favoreció incluso su desmantelamiento y sustitución por nuevas formas constructivas.

Y también marcó indeleblemente y no siempre de forma positiva el entorno agrario y, sobre todo, la Vega del Genil, una de las mas bellas y atractivas realizaciones del pasado hispano y fundamento del origen y la evolución de la Ciudad de la Alhambra. Precisamente a su costa, y aprovechando la existencia de la Redonda, cuya razón de ser se vio desvirtuada al convertirse en una mera calle y levantarse a su largo el murallón arquitectónico que oculta el espléndido y añejo horizonte de raiz física y base humana que, con el trasfondo de Sierra Nevada, había dado lugar a a uno de los paisajes más emblemáticos del mundo mediterráneo.

En conjunto, los dos decenios de mandato municipal de Manuel Sola se caracterizaron por un crecimiento urbano dominado por los intereses privados y el “laissez faire”. Incluso, pese a las exigencias de la “Ley del Suelo” de 1956, el obligado “Plan General de Ordenación Urbana” fue demorándose y sólo se hizo vigente en 1973, el año mismo en que cesó su alcaldía. Entonces comenzó una tercera etapa, menos personalista y anárquica, coincidente con las primeras crisis del petróleo, que se concretó y afianzó a lo largo de la transición democrática y, más aún, con el Ayuntamiento socialista de 1979.

Desde entonces la ordenación y el control municipal y regional del desarrollo urbano, sobre todo tras la aprobación del bastante liberal “Plan General de Ordenación Urbana de 1985”, van a desempeñar un papel relevante y singular en una política urbanística local bastante afín con los intereses privados pero que pone un cierto énfasis en la defensa y la conservación del patrimonio ciudadano.

2. LAS GRANDES ACTUACIONES URBANÍSTICAS INTERNAS

La ciudad vieja de Granada, lo que actualmente constituye su casco histórico medieval y renacentistas, ofrecía a mediados de siglo numerosos problemas estructurales relacionadas en primer lugar con las exigencias funcionales y residenciales de una urbe moderna. Y, en primer lugar, una difícil adecuación a la generalización de los modernos modos de transporte tanto en lo que se refiere a su relación con el exterior como a las imprescindibles comunicaciones interiores.

Precisamente, la apertura de la Gran Vía de Colón a través de la Medina musulmana había pretendido a comienzos de siglo la solución del enlace entre el centro urbano y el gran nudo de acceso septentrional formado por la Estación férrea y las carreteras de Málaga, Madrid y Murcia. Más tarde, desde 1938, la primera gran circunvalación -el Camino de Ronda o Redonda- lo intentó también sin atravesar y destruir la ciudad tradicional, pero no tuvo en cuenta los imprescindibles enlaces con el casco antiguo. De aquí la exigencia de las “audaces reformas”, según el diario *ideal* de 18 de julio de 1956, iniciadas entonces y que afectaron muy seriamente al tejido urbano anterior a 1900, consagraron la ocupación de los ricos espacios agrarios de la Vega y crearon la muralla de edificios que anuló los más bellos paisajes de la Ciudad (Fig. 1).

La primera de estas “audaces reformas” fue el derribo, ensanche y prolongación de la calle de Recogidas, entre la Redonda y Puerta Real. Finalizada en 1960 dió una nueva y bastante espectacular entrada al tradicional centro urbano, a la encrucijada formada por las calles de Mesones y de los Reyes Católicos y el gran espacio constituido por Puerta Real. Y contribuyó además al relleno -de enorme densidad inmobiliaria y alturas desusadas hasta entonces- de todo el espacio vacío aún rural, que quedaba entre la Ronda y el límite urbano histórico y tenía sus hitos en la plaza de Gracia, junto a Recogidas, en el monasterio de San Jerónimo al final de la barroca calle de San Juan de Dios, en la Estación ferroviaria de Andaluces, o en las mismas márgenes del Genil urbanizado a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Contemporánea fue la remodelación del Triunfo, gran espacio público que tenía por centro y razón el monumento construido en el siglo XVII a fin de conmemorar la proclamación de la Inmaculada Concepción de la Virgen. Se justificó esta intervención con la celebración en Granada del Congreso Eucarístico Nacional de 1957 y que tuvo por escenario este lugar. La reforma se ini-

ció con el derribo y explanación de la antigua Plaza de Toros de la Maestranza, entonces abandonada por la construcción algo anterior de la actual. Se consiguió así un espacio mayor que, terminado el Congreso Eucarístico, se convertiría en los Jardines del Triunfo, uno de los principales conjuntos monumentales públicos de la ciudad. En él se combinan bellezas artísticas como la imagen de la Virgen -el Triunfo propiamente dicho- de Alonso de Mena y la imponente arquitectura renacentista del Hospital Real, y paisajes de tanta raíz granadina como el arrabal medieval de Albaicín y la Puerta de Elvira, una de las más antiguas y bellas entradas a la Granada musulmana.

Aunque inicialmente la remodelación del Triunfo tuvo un estricto carácter puntual, pronto su estrategia ubicación lo convirtió en un etapa fundamental en la mejora del acceso septentrional a la Ciudad. Aparte de la Puerta de Elvira, inmediata al conjunto, en sus inmediaciones confluían las carreteras de Madrid y Murcia y algo más al norte se encontraba la Estación ferroviaria y el inicio de la carretera a Santafé y a las provincias occidentales andaluzas. A todo ello servía de eje el paseo arbolado construido a comienzos de siglo y que, llamado primero de Andaluces por los ferrocarriles de ese nombre, se denominó después de 1939 avenida de Calvo Sotelo.

La política oficial de motorización (Ordenanza de Remodelación de Calvo Sotelo) condujo al comienzo de los setenta a la destrucción de la tradicional alameda, una de las más bellas de Andalucía, así como a una ligera rectificación de la vieja calle barroca de San Juan de Dios y a la apertura de la nueva del Dr. Severo Ochoa que favorecían el contacto con el Camino de Ronda. Mucho más tarde, ya en los años ochenta, se construyó el nudo vial que, en el extremo norte de Calvo Sotelo, ya Avenida de la Constitución, enlaza las carreteras ya mencionadas con la Redonda, el Terminal ferroviario y el antiguo casco urbano (Gran Vía).

La reforma viaria condujo a la transformación en profundidad de la zona, que “comenzó a ser una zona residencial atractiva para la burguesía y clase alta granadina” (Fernández Gutiérrez, 1978). Primero, mediante la remodelación y desaparición de uno de los barrios más populares y típicos de la Granada del siglo XVI, el de San Lázaro o de la Cruz Blanca, levantado por los Reyes Católicos al pie del Albaicín y en la margen septentrional del Triunfo como asiento de una guarnición que controlase a los moriscos (Plan Especial de San Lázaro de 1975).

Casi a la vez el espacio semirural y aún vacío -en el Plan de Alineaciones de 1951 aparecía como parque urbano- situado entre Calvo Sotelo y la Redonda se convirtió parcialmente en un polígono universitario (Fuente Nueva) hacia donde dirigir el fuerte crecimiento en alumnos y actividades de la vieja Universidad de Carlos V: Facultades de Ciencias, Colegios Mayores e Institutos de Bachillerato. Con ello se continuaba la tendencia iniciada antes de 1936 con la construcción de una nueva Facultad de Medicina y su Hospital Clínico en las inmediaciones del Triunfo y de la carretera de Madrid. Y que ha culminado, ya en los últimos setenta, con el Polígono Universitario de Letras de Cartu-

ja, junto a este bellísimo monumento barroco, y más aún, en los ochenta, con el establecimiento en el Hospital Real de la sede rectoral de la Universidad.

El resultado ha sido la conversión del ámbito de la actual Avenida de la Constitución en un área de reciente construcción, con un complejo de edificios de gran altura, fuerte densidad demográfica, buena calidad material, pero con escasos espacios verdes -apenas los universitarios y éstos envueltos en una muralla de altas casas-, y donde conviven las viviendas de lujo con la administración y los negocios. Y que en parte ha provocado el desplazamiento de algunas de las funciones sociales hasta ahora ubicadas en torno a Puerta Real hacia el Norte de la Ciudad (Bosque Maurel et alia, 1991).

La reforma del Triunfo, y, más aún, la operación urbanística de Calvo Sotelo estuvo unida, en los años cincuenta, primero a las obras de ensanche y mejora de la Gran Vía de Colón respecto al tráfico rodado, pero, sobre todo (Plan de Ordenación Urbana y Alineaciones de 1951), al proyecto de prolongación de aquella arteria a través del barrio de San Matias, el corazón de la antigua Judería. El pronto abandono de este proyecto - a causa de los problemas inherentes a la obligada desamortización inmobiliaria- sólo permitió la construcción de la Plaza de Isabel la Católica, abierta en el encuentro de la Gran Vía con Reyes Católicos y a donde se trasladó el monumento a la Reina Isabel y Colón, obra de Mariano Benlliure (1892), desde su anterior asiento en el comienzo del Paseo del Salón junto al viejo puente del Genil.

3. REMODELACIONES PUNTUALES Y DETERIORO GENERAL

La remodelación de la Plaza de Isabel la Católica constituyó uno de los modelos de transformación especulativa y puntual más significativo del case-río de la Ciudad tradicional y, después, más generalizado por todo el ámbito urbano. En concreto, la aparición de la nueva Plaza de Isabel la Católica y la construcción en ella de los edificios ocupados por los Bancos de Bilbao y Santander no sólo provocó la desaparición de numerosos ejemplos del habitat tradicional -casas de patio interior ajardinado, como la ocupada hasta entonces por Correos- sino que significó la creación de un agrio y duro telón que no sólo impidió la perspectiva directa de la Alhambra desde Reyes Católicos sino que cerró la visión del conjunto arquitectónico formado por la Capitanía General (antiguo San Francisco Casa Grande) y el convento de las Carmelitas Descalzas, es decir la plaza de este mismo nombre, situado a su espalda.

Desde entonces han sido muy numerosos y frecuentes estos casos de remodelación puntual que han afectado a todo el casco histórico pero sobre todo a los barrios bajos más modernos de la Medina-Catedral, la Virgen y la Magdalena. En la calle de Mesones, por ejemplo, la Iglesia de Santa María Magdalena, convertida durante la desamortización del pasado siglo en una gran tienda de tejidos que conservó en parte la estructura y la decoración de la antigua basílica; los Almacenes de la Magdalena llegaron hasta finales de los años

setenta siendo entonces la vieja iglesia destruida totalmente y reconvertida en una dependencia de la Diputación Provincial.

No menos significativos y a menudo polémicos fueron otros casos: la conversión en los primeros años sesenta del Teatro Cervantes, obra de origen bonapartista de comienzos del siglo XIX, en un gran edificio comercial y de oficinas, o la transformación del antiguo Rastro, obra municipal del siglo XVI situada en el comienzo de la Carrera del Genil, ya muy deteriorado durante el siglo pasado, y asiento desde 1973 de Galerías Preciados. O bien la destrucción (1945) de la Carcel Vieja -antigua Alhondiga de Genoveses- y de parte de su entorno, en las inmediaciones de la Catedral, a fin de levantar la sede de la Delegación Provincial de Hacienda y hoy edificio central de la Caja General de Ahorros en la entonces remodelada placeta de Villamena (1958). Similar actuación aunque con otros resultados más positivos constituyó el desmantelamiento a finales de los años setenta de una parte de los Mercados (Pescadería y Carnicería) construidos en el siglo XIX sobre antiguos suelos conventuales para convertirlos en dos interesantes y atractivas plazas públicas que han conservado los nombres tradicionales.

Aunque las remodelaciones han tenido mayor incidencia en los barrios levantados sobre el piedemonte serrano y en especial antiguos de las colinas de la Alhambra y del Albaicín. Quizás el caso de mayor relevancia haya sido el del Campo de los Mártires, en la colina donde se levanta Torres Bermejas frente a la Alhambra. Campo de Ahabul y corral de cautivos musulmán, en él se erigió, en 1573, el Convento de Carmelitas Descalzos que, destruido en 1842, fue convertido en una casa de recreo con huerta y jardines, el Carmen de los Mártires, adquirido en 1958 por el Ayuntamiento granadino a los duques del Infantado, último de sus propietarios privados. Finalmente, tras un primer proyecto de conversión en un gran hotel de lujo abandonado a causa de la oposición ciudadana, sobre la casa-carmen del siglo XIX y una parte de los jardines se ha levantado el Auditorio de Música Manuel de Falla. El resto del área ajardinada está cerrado al público y padece un relativo abandono.

Por su parte, aunque conserva bastante bien su ambiente tradicional, tampoco el Albaicín se ha librado de los cambios. Por ejemplo, el arrasamiento del Carmen de los Torreones, en la plaza de San Nicolás de la antigua Alcazaba Cadíma, uno de los más bellos y completos del área, para construir en su lugar pequeñas viviendas unifamiliares con un minúsculo jardín, también llamadas por la inmobiliaria "cármenes". En otros casos, la destrucción de las típicas casas de patio y algunos pequeños cármenes ha sido compensada por nuevas edificaciones que pretenden recoger los principios del carmen clásico y que, "en el mejor de los casos, no tiene más valor que el de una hábil falsificación" (Quesada, 1988). Así ha ocurrido en las inmediaciones de las Vistillas de San Miguel o en el entorno de la puerta de Fajalauza y su muralla.

Una valoración adecuada de estas actuaciones debería recordar que, en el Albaicín sobre todo y algo menos en otros arrabales altos como el Mauror y la Antequeruela y en general en toda la ciudad anterior a 1800, sólo una parte de

sus numerosas iglesias y edificios religiosos y pocas de las construcciones públicas tradicionales se conservan y, en muchos casos, sin uso directo y pleno abandono. Una lectura, aún rápida, de la *Guía de Granada* (1961) de Antonio Gallego Burín constituye una excelente prueba.

Responsable de este deterioro ya secular e iniciado al menos en el siglo XVII han sido el olvido por la sociedad granadina de sus valores tradicionales histórico-artísticos, algunas catástrofes naturales como las tormentas e inundaciones de 1629 y 1960, los acontecimientos político-sociales sobre todo de las últimas dos centurias, como la desamortización de 1834 y la quema de algunas de sus iglesias en los primeros años treinta de este siglo, y los cambios de uso del suelo, de funciones y de moradores empezados poco después de la conquista, por ejemplo la conversión del Albaicín en una “morería”, y el desarrollo del “carmen” a costa del compacto y diminuto caserío medieval. Todo ha favorecido el añejo, continuo y creciente descenso demográfico de la Granada tradicional, en beneficio sobre todo de la Granada extramuros, la incuria y el deterioro que ha padecido y padece su caserío y su trama callejera en general y, en consecuencia, las destrucciones y transformaciones que, en ciertos casos, han sufrido muchos de sus edificios públicos y privados, incluso los más significativos histórica y artísticamente.

Quizás ningún otro barrio como el Sacromonte revela mejor este decaimiento de la ciudad antigua. Esta popular y casi legendaria porción de Granada, desarrollada sobre todo a partir de la fundación de su Abadía en 1604 y que, en 1950, todavía contaba con 3.682 cuevas-vivienda y cerca de 15.000 habitantes, en la actualidad aparece deshabitada y su habitat troglodita destruido. La raíz de todo ello fueron las tormentas, inundaciones y deslizamiento de tierras que se sucedieron en 1949, 1958 y, sobre todo, 1960, así como el olvido y la incuria de los responsables políticos de aquellos momentos. El resultado ha sido la ruina y el progresivo abandono de los arrabales trogloditas granadinos, barranco de la Zorra, Beiro y, sobre todo, Sacramonte. Este último a partir de 1970 perdió por completo su carácter residencial y apenas algunas de sus cuevas conservan su carácter típico de escenario de las zambras gitanas. Pese a los planes municipales de revitalización del barrio, la realidad es que sus anteriores pobladores ocupan hoy nuevos poblados nacidos para acogerles y que han contribuido al crecimiento exterior de Granada en los años setenta.

La decadencia relativa del casco antiguo y las remodelaciones que han afectado a numerosos de sus parajes más característicos no excluye el cuidado y la atención que, tradicionalmente, se ha concedido a sus monumentos más paradigmáticos. Sobre todo a la colina de la Alhambra en su sentido más amplio y que ha culminado con el “Plan de Protección Especial de Protección de la Alhambra y Reforma Interior de los Aljares de Granada”, completado más recientemente por el “Programa 2001” de investigación del Patronato de la Alhambra. Con todo, este extraordinario conjunto monumental aún tiene pendiente el problema de sus accesos y con él la conservación del bosque y parque de la Asabica.

Se trata, sin embargo, de una preocupación más museística y puntual que ambiental y de conjunto que se extiende a los otros grandes ejemplos del pasado ciudadano, como la Catedral, la Capilla Real, San Jerónimo y Cartuja. Y que, en los últimos años, se ha ampliado a otros puntos menos conocidos, como las Puertas de Elvira y Monaita en la muralla del siglo XI, la Alcazaba real Zirí o Casa de la Lona y las iglesias mudéjares de San José y San Nicolás, en el Albaicín, el viejo “fondak” musulmán del Corral del Carbón junto a la calle Reyes Católicos, las casas-palacio de los Tiros y de los Girones en el corazón del Realejo, o los cármenes que fueron vivienda de personajes como Manuel de Falla o el pintor Aquilino Morcillo en el Mauror y la Antequeruela.

En todo caso, y como conclusión final, en una ciudad que, como Granada, constituye uno de los más bellos ejemplos de ciudad histórica de la Tierra y el fruto único de un pasado múltiple y diverso, visible en sus calles y en sus casas pero aún más en su paisaje y en su ambiente, aún no se ha llegado a una auténtica política y a un verdadero sentimiento de rehabilitación arquitectónica y social que haga ese pasado vivo, dinámico y actual.

BIBLIOGRAFIA

Bosque Maurel, J (1962): *Geografía Urbana de Granada*. Zaragoza. Instituto de Geografía Aplicada (CSIC), 313 págs. Edición facsimil, con prólogo de Horacio Capel, Col. Archivum, nº 6, Publicaciones de la Universidad de Granada, 1988, XXXIV y 313 págs.

Bosque Maurel, J. et alia (1991): *Atlas Social de la Ciudad de Granada*. Biblioteca de Ensayo, nº 3. Granada. Caja General de Ahorros, 279 págs.

Bosque Maurel, J. (1992): “El urbanismo en Granada (1950-1980)”, in *TITOS*, M. (Coord.) *Nuevos Paseos por Granada y sus contornos*. Granada, Caja General de Ahorros, I, pp. 391-402.

Cazorla Pérez, J. (Coord) (1977): *La Universidad de Granada a comienzos de los años setenta. Un análisis sociopolítico*. Universidad de Granada, 455 págs.

Fernández Gutiérrez, F. (1978): *La planificación urbana en Granada*, Granada, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 99 págs.

Gallego Burín, A. (1943): *La Reforma de Granada*. Granada, Ayuntamiento de la Ciudad de Granada, 56 págs.

Gallego Burín, A. (1961): *Granada. Guía artística e histórica de la Ciudad*. Madrid, Fundación Rodríguez-Acosta, 593 págs.

Ganivet, A. (1954): *Granada la bella*. Edición y prólogo de A. Gallego Burín, Granada.

Gómez Moreno, M. (1889): *Breve reseña de los monumentos y obras de arte que ha perdido Granada en lo que va de siglo*. Granada.

Juste Ocaña, J. (1973): *La reforma de Granada de Gallego y Burín*. Granada.

Quesada Dorador, E. (1988).- *Los Cármenes de Granada*. Tesis doctoral inédita.

Seguí, J. (1987): “Publicación de los documentos técnicos del “Plan Especial de Protección de la Alhambra y Aljares” en Granada”. *Rev Geometría*. Málaga. Nº monográfico.

RESUMEN

El análisis de los cambios internos en el plano y la morfología de la ciudad de Granada en los años de 1960 a 1990 constituye el tema de este artículo.

Resalta la remodelación y, en parte, la destrucción de ciertas áreas y puntos concretos del antiguo casco urbano; en contrapartida, la rehabilitación ha tenido en ese tiempo muy limitada importancia.

RESUMÉ

L'analyse des changements internes dans le plan et la morphologie de la ville de Grenade pendant les années 1960 à 1990 est le sujet de cet article. On signale la remodelation et, en partie, la destruction de certaines aires et lieux de l'ancien noyau urbain de Grenade; d'autre part, la rehabilitation a eu dans ce temps une importance limitée.

ABSTRACT

The article analyzes internal changes in Granada's plane and morphology from 1960 to 1990. It is noteworthy the remodelation and partly destruction of areas in the old urban center. Rehabilitation, on the other hand, has had very little relevance in the same period.

El casco antiguo de Granada. Los signos esféricos indican los núcleos de remodelación más significativos de la ciudad vieja. (págs. siguientes)



